

The State and the Social Sciences: Some Ways on a Research Career

Sumario

Introducción. El papel de un científico social en un ambiente tecnócrata: En el campo de la salud pública; en el ámbito de los servicios de atención domiciliaria; en el campo de los estudios sobre el envejecimiento; en el ámbito del desarrollo de habilidades profesionales. Conclusión.

Resumen

En este artículo se reflexiona el camino de un investigador como análisis de un recorrido y de un resultado, articulando una ruta crítica con diversos fenómenos tales como: el papel cambiante del Estado en la construcción de las ciencias sociales; o viceversa, el papel de las ciencias sociales en la construcción del Estado desde los años 1970s, en América del Norte, específicamente Canadá y la provincia de Quebec. Se trata de un tiempo excepcional para entender el fenómeno de interacción entre el Estado y las ciencias sociales. En Quebec se observaron, de manera concentrada, fenómenos que nos ayudan a explicación la formación de una sociedad "moderna". El artículo se funda en varias décadas de práctica de investigación y busca clarificar cuál es el papel de un científico social en un determinado entorno institucional nacional.

Palabras claves: Estado, ciencias sociales, Quebec, ciencia, política, transformación social.

Abstract

In this article we examine the path of a researcher as analysis of a personal tour and a result, articulating a critical pathway with various phenomena such as: the changes of role of Government in the social sciences; or vice versa, the role of social sciences in the construction of State since the 1970s, in North America, specifically Canada and the Quebec province. This is an exceptional time to understand the phenomenon of interaction between the State and the social sciences. In Quebec there were so concentrated, phenomena that help us explain the formation of a "modern" society. The article is based on several decades of research practices and seeks to clarify what the role of a social scientist in a given national institutional environment.

Keywords: State, social sciences, Quebec, political science, social transformation.

Artículo: Recibido en enero 17 de 2011; aprobado en abril 29 de 2011.

Frédéric Lesemann. Professeur Institut National de Recherche Scientifique (INRS-UCS). Doctorat en Sociologie (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris), 1979.

Correo electrónico: Frederic_Lesemann@ucs.inrs.ca

El Estado y las Ciencias Sociales: Algunas Pistas de un Itinerario de Investigación

Frédéric Lesemann

Introducción

En este artículo -que tiene la forma de un *ensayo*, no un análisis sistemático *stricto sensu*- tengo la intención de reflexionar, desde mi experiencia de investigador y el trabajo que he hecho, acerca del papel del Estado en la construcción de las ciencias sociales y, viceversa, el papel de las ciencias sociales en la construcción del Estado desde los años sesenta, en particular en América del Norte, específicamente Canadá y Quebec.

Esta última provincia canadiense, francófona en un país de anglófonos, es un laboratorio excepcional para tratar de entender las interacciones entre el Estado y las ciencias sociales. No porque haya ocurrido algo único allí, sino porque en esta pequeña provincia, con 7 millones de habitantes, con una autonomía política relativa y grandes diferencias culturales en relación con el resto de Canadá, he podido observar de manera concentrada, fenómenos sobre la formación de una sociedad "moderna", tal como ocurrió en los países del Norte igualmente importantes, y que son probablemente observables más fácilmente.

No voy a analizar aquí a la sociedad quebequense y sus características, pero mencionaré que algunas investigaciones que realicé en las últimas décadas, ilustran el problema de la interacción entre el Estado (en el caso de Quebec) y las ciencias sociales, así como los problemas epistemológicos y metodológicos que plantea esta interacción.

En efecto, en Quebec, a partir de Quebec, he realizado la mayor parte de mi investigación, desde los años 1970, en los ámbitos de la salud pública, el trabajo y el empleo, el desempleo, el envejecimiento y la jubilación, la pobreza y las políticas públicas relacionadas con estos campos; también como director de diversos grupos de investigación y de equipos integrados por investigadores profesionales y por estudiantes.

Esta reflexión, que se funda en varias décadas de práctica de investigación, busca clarificar, a partir de casos concretos, ejemplos y experiencias, cuál es el papel de un científico social en un determinado entorno institucional nacional.

El papel de un científico social en un ambiente tecnócrata

¿Cómo alguien que no se define ni como experto ni como consultor, sino en realidad como un "investigador" -entendido como un actor crítico-, puede analizar los "problemas" de la sociedad? A esta pregunta voy a tratar de responder enseguida.

La cuestión inevitablemente tiene sus raíces en una reflexión personal sobre la identidad y el propio estatuto del investigador, en la tradición, por ejemplo de *La*

imaginación sociológica de C. Wright Mills (1959). Esta reflexión ha sido constante, incesante: es anterior a la actividad de investigación, se sigue construyendo y crece en complejidad a medida que se da el enfrentamiento con situaciones diversas. La cuestión se reformula en el tiempo, pero aun así es difícil conocer sus contornos, el investigador no sabe cuándo puede llegar a ser un experto o un consultor o en su lugar asumir el papel de “investigador” en el compromiso de estudiar problemas sociales reales.

Este vínculo entre el Estado y las ciencias sociales, ya había sido identificado C. Wright Mills en 1959 en los Estados Unidos: “Hoy en día, la investigación sociológica está al servicio directo de generales y de trabajadores sociales, de jefes de empresa y directores de las prisiones. Esta explotación burocrática no ha dejado de crecer y sin duda seguirá en esta dirección” (p. 89 de la versión francesa). Aun después de 50 años, el análisis de Mills sigue siendo de actualidad, e inspiró la mirada que he tenido en las investigaciones que dirigí. Según el autor, lo que llama *la empiricidad liberal [practicidad liberal]* (yo diría por mi parte simplemente *las ciencias sociales funcionales y profesionales*), “Es un problema lo que no se ajusta a los estilos de vida de la clase media... lo que no sigue los principios de orden y de estabilidad... lo que difiere del 'progreso social'... lo que no se ajusta” (94).

Esta visión sustenta hoy más que nunca todas las iniciativas de gestión de las burocracias estatales, los “problemas” que la investigación -financiada por el Estado- está tratando de *nombrar, clasificar, cuantificar* para prevenirlos y, sobre todo, *resolverlos*. De ello se desprende la creación de una ciencia social *obsesionada* en la búsqueda constante de objetivación de la realidad, sobre la base de una representación de lo “positivista” estable y rígido de esta realidad, dominada por una visión moral binaria (bien / mal, dentro / fuera, sí / no, para las encuestas), que en su diseño, no tolera la relatividad, ni ninguna ambigüedad, y que es la fuente de todos los sistemas de gestión burocrática que tratan los “problemas”. El principal cambio que se produjo en 50 años en esta ciencia social ha sido la capacidad tecnológica para ponerlo en soportes informáticos que ha ofrecido a esta visión de la realidad. Los medios de comunicación, el *software* y los programas dan a los administradores la ilusión de identificar problemas reales y responder a las necesidades reales de las personas, aun cuando se trata de

construcciones abstractas, formales, carentes de pertinencia con la realidad o con la dinámica evolutiva de las relaciones sociales concretas. Este es el fundamento de la cultura *tecnocrática*, pero es también su condición de posibilidad.

El Estado moderno -al menos en el hemisferio Norte- y las ciencias sociales han desarrollado una estrecha relación de interdependencia. Las ciencias sociales han sido a menudo definidas con una relación de servicio en la construcción o reconstrucción del Estado después de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en su forma de Estado de Bienestar (*Welfare State*), en el ámbito nacional. En él se refleja un gran esfuerzo por racionalizar, por buscar “el conocimiento objetivo de los individuos y de los grupos para lograr una racionalización aceptada de sus conductas” (Bernard, 2000:181); una búsqueda de creación de conocimientos orientada a apoyar las decisiones políticas. Estos esfuerzos han contribuido a nutrir un “liderazgo evidente”, a partir de una concepción de sociedad basada en una epistemología funcionalista, sistémica y evolutiva, basada en técnicas empírico-cuantitativas para identificar y estudiar las necesidades, las expectativas y el comportamiento de la población (Wagner, 1992:2-4). Estas son las bases de una burocracia racional en el sentido weberiano de la palabra, o más bien de una tecnocracia de Estado al servicio de la cual está la investigación.

Es evidente que, para los organismos financiadores de la investigación, los esfuerzos deben centrarse principalmente en el estudio de los hechos sociales, no como fenómenos a interpretar, sino como problemas a resolver. Esta investigación, por tanto, debe contribuir al desarrollo de una *tecnología social* (Lesemann, 1994:594), todos los fenómenos societales y su dinámica se reducen a categorías demográficas, sociales, espaciales por mejor identificar necesidades, expectativas, problemas o, mejor aún, los “disfuncionamientos”.

Voy a empezar por considerar cuatro áreas de investigación donde trabajé. Retrospectivamente, hice *descubrimientos* (todo conocimiento lo es) significativos, en relación con estas cuestiones fundamentales para las ciencias sociales en su relación con el Estado. Se trata de cuatro áreas, que son: los servicios de salud pública, los servicios de ayuda a domicilio para ancianos frágiles, las estrategias de movilización gubernamental contra la exclusión social, la discriminación por la edad y el juego. Finalmente, la alta calificación de obreros en la



llamada “economía del conocimiento”. Una vez más, no voy a presentar estos trabajos por sí mismos -aunque doy las referencias para los lectores interesados-, sino por las cuestiones epistemológicas y metodológicas -siempre unidas- que me planteé en el momento de desarrollar dichas investigaciones. Al final, en la conclusión voy regresar a las diversas cuestiones aquí planteadas a propósito de C. Wright Mills, usándolo con una *regard* (mirada) renovada.

1) En el campo de la salud pública: un análisis sociopolítico de una ambición tecnocrática

Yo fui formado en la sociología política en el pensamiento de Alain Touraine. Mi tesis doctoral se centró en el análisis de los procesos organizativos y en debates entre los actores principales de la reforma del sistema universal de salud y servicios sociales en Quebec, introducido en 1971. Este análisis fue publicado en 1981 (Lesemann, 1981), como el *Pan y servicios*, en alusión al *pan y los juegos* romanos, cuando el imperio vivía su plena decadencia. Por tanto, en este análisis, inspirado en varios autores (Touraine, 1973, 1976; Illich 1971, 1975; Crozier, 1979; Crozier y Friedberg, 1977), desarrollé una mirada crítica a esta empresa de la construcción estatal de un sistema de salud universal financiado por los impuestos.

Tuve la oportunidad de entender modestamente “desde dentro”, por así decirlo, la lógica del razonamiento tecnocrático que rigió la construcción del sistema -porque de hecho se trata de un “sistema” conceptual y práctico-participando en 1974-5 en una comisión de investigación sobre la aplicación de los primeros 40 centros de servicios comunitarios, establecidos entre 1972 y 1974 como parte de la Reforma, y que deberían desempeñar el papel estratégico de entrada a este nuevo sistema de salud y de servicios sociales. Mi crítica, por tanto, aunque a veces irónica, se centró en dicha reforma en dos direcciones:

1. En el sentido de que se podía cuestionar la ambición prometeica subyacente del proyecto de construcción de una sociedad bajo la égida de un poder tecnocrático en el nombre de la salud, teniendo en cuenta, por ejemplo, el precepto universal de Crozier no “tratar de construir el mejor posible; o para encontrar las mejores soluciones, escoger la menos mala posible” (Crozier, 1979; 1986), así como Illich y su crítica radical sobre los servicios de

instituciones principales: salud, educación, cultura, etc., que, en nombre del bienestar y la construcción del bien común producen efectos perversos en relación con sus objetivos prometidos.

2. En el sentido también de que el análisis que desarrollé fue a partir del tratamiento de reglamentos, principios rectores, de una serie de entrevistas con actores estratégicos de la Reforma, también de mi participación en la comisión de investigación mencionada. Este análisis tenía la idea siguiente: en efecto, lo que los reformadores buscaron fue una mejora general del estado de salud de la población de Quebec, pero en realidad, asistíamos a la formación sociológica, por parte del Estado, de una nueva clase media. Debe subrayarse que Quebec se encontraba en el intento de “levantarse”; se trataba de una sociedad dominada por las élites económicas anglófonas, que vivió un proceso conocido como “Revolución Tranquila”. Este proceso consistió en la aplicación de un proyecto de desarrollo integral de la sociedad quebequense, bajo la égida del Estado, en la creación de un sector público fuerte y estructurado, que buscaba dar trabajo a una población juvenil surgida de la reforma de la educación superior diez años atrás, así como el fortalecimiento de la identidad nacional francófona.

A través de la reforma de salud y de los servicios sociales que coincidiría con la construcción de la función pública de Quebec en las áreas de educación, cultura, economía (con la creación de un gran número de empresas públicas), relaciones internacionales, etc., puestos a disposición de la población como instrumentos para mejorar su salud y su situación económica (como la introducción de una asistencia social universal). Así, *el pan* (ayuda económica) *y los servicios* a través de los cuales se constituyó una clase asalariada de empleados, funcionarios, tecnócratas, investigadores, brindándoles así (el *buen*), *pan* ((*gracias a la organización*) *de los servicios*). En general, las élites estatales emergentes de habla francesa se constituyeron como una gran clientela de clase media de apoyo para el proyecto político global de la reforma y modernización de la sociedad de Quebec.

En el plano analítico, aquí subrayamos -aunque desarrollaremos estos comentarios en la conclusión de este artículo- la estrecha interdependencia entre el Estado y las ciencias sociales. Además la necesidad de construir una

distancia crítica, una “externalidad” en relación con este “mandato” en la investigación; manteniendo al mismo tiempo estrechos vínculos con la investigación de campo, una proximidad, al participar en una comisión de investigación. El analista está a la vez “dentro” y “fuera”, lo que le permite interpretar un fenómeno en un segundo grado, en este caso, el surgimiento de una elite y una clase media vinculada con el desarrollo específico del Estado.

2) En el ámbito de los servicios de atención domiciliaria, un análisis micro organizacional del funcionamiento tecnocrático en el cual las interacciones entre los actores son cruciales

A finales de 1980, ya estaba empezando a surgir el cuestionamiento de los costes de funcionamiento de dicho sistema de salud y de los servicios sociales en el contexto de un envejecimiento rápido de la población, así como de los crecientes problemas del cuidado de personas mayores dependientes. En principio, el sistema debía asegurar el apoyo universal, ya sea mediante la creación de centros para la vivienda pública, ya sea mediante la organización de un sistema universal de servicios integrados de apoyo o de ayuda en el hogar, teniendo que asumir que las condiciones de vivienda de las personas dependientes eran satisfactorias. En este contexto tuve la oportunidad de realizar investigación empírica que ha sido decisiva para mí por varias razones. En esa ocasión, recibí el mandato de la institución de financiamiento para documentar y evaluar cuál podría ser el número (presumiblemente complementario a los servicios públicos) de familias adscritas al programa con miembros familiares dependientes y al cuidado de ellos.

Esta pregunta ilustra la importancia del papel del gobierno en la prestación de servicios, y, por tanto, de la organización de la sociedad que prevalecía a finales de 1980: de un Estado central, preponderante, *estructurante*, que necesitaba de forma creciente la contribución de las familias y, más allá de éstas últimas, de organizaciones comunitarias, o de la “sociedad civil” como se les llama hoy en día. Así que si tenía el mandato de estudiar el papel del Estado de Bienestar y la participación de las familias, tuvimos que invertir en realidad los términos para describirla más como “las familias del Estado de Bienestar” (Lesemann y Chaume, 1989), en datos obtenidos de entrevistas a cerca de 200 de ellas. La realidad que vi imponerse claramente era que, las familias con familiares

dependientes estaban muy a menudo reducidas a un solo miembro a cargo, casi siempre un miembro femenino, esposa o hija mayor muy activa y que realmente no contaba con los servicios públicos, a causa de la experiencia repetida de su ausencia o de su falta de disponibilidad en momentos estratégicos. Las mujeres compensaban en virtud de esta característica de miembros familiares cercanos (con el miembro con alguna incapacidad), su disponibilidad era casi incondicional. La representación de la realidad que desempeñan las políticas públicas y de la cual eran emisarios los interventores profesionales era casi exactamente lo contrario de la experiencia que viví en las casas particulares.

Un segundo descubrimiento estuvo asociado con el desarrollo de la investigación. Cabe señalar que la prestación de los servicios públicos a las familias que tenían una persona adulta mayor y dependiente se basaba en una evaluación. Ésta consistía en un cuestionario administrado por el personal (enfermeras y trabajadores sociales) de estos organismos públicos. Este cuestionario tenía como objetivo evaluar la capacidad real de las personas dependientes -siempre de acuerdo con el cuidador-, en el ejercicio de sus actividades cotidianas: la movilidad, la autonomía, las necesidades especiales de apoyo, atención, etc. Dependiendo de la cantidad de respuestas positivas o negativas a las preguntas, se establecía un grado de dependencia (nivel 1 al nivel 4) en una escala de cuatro niveles que determinaba la cantidad de los servicios a asignar en dicho caso.

Dado que teníamos una estrategia propia de investigación, le pedimos a las instituciones en cuestión de establecer listas de dependientes (niveles de severidad 3 y 4, únicamente) entre las que se eligió al azar, y las visitamos en sus hogares. El cuestionario incluía preguntas no sólo a nuestras propias inquietudes de investigación, sino también todas las cuestiones planteadas en el proceso de evaluación por parte de los proveedores de servicios, distribuidos en todo el cuestionario. En nuestro proceso de cuestionamiento, agrupamos las respuestas al cuestionario institucional y descubrimos que, en casi todos los receptores de servicios que, de acuerdo con las respuestas a los cuestionarios oficiales los encuestados fueron clasificados en categorías 3 y 4. Mientras que aparecían en nuestro propio cuestionario con un nivel de dependencia 1 y 2! ¿Por qué? Excelente cuestión de investigación! La respuesta a esta pregunta intrigante vendría de algunos empleados de



organismos que llevaban a cabo las evaluaciones. Nosotros los interrogamos, convocados expresamente a propósito de este tema. Mientras que algunos declararon sin rodeos que este “descubrimiento” fue en realidad una evidencia de que los destinatarios de servicios eran unos mentirosos, que abusaban de la ayuda pública, otros proporcionaron explicaciones más convincentes, inscritas en el propio proceso de estructuración de la realidad inducida por el cuestionario. Estos profesionales nos dijeron: "En realidad, cuando llevamos a cabo un proceso de evaluación, el interrogado dice habitualmente “eso depende” en referencia con cuestiones tan específicas como “¿Su cónyuge es incontinente, o come él solo o usted le ayuda?” “Eso depende del día, no puedo decir sí o no”. Entonces la lógica burocrática tiene que ver con una respuesta como: "eso depende". No entra en sus categorías binarias. Los evaluadores inscribían una respuesta “sí”.

La interpretación dinámica de la respuesta por parte de la entrevistadora, por lo general muy conscientes de que si marcó “sí” -en virtud de su opinión personal, dado que interpretó que el interrogado tiene “objetivamente” necesidad de servicios. En ese momento la evaluadora no comprendió la importancia de las respuestas recibidas, por lo que prefirió anotar que el dependiente tenía incapacidad para llevar a cabo sus responsabilidades con respecto del cónyuge de la familia, y mantuvo respecto por los compromisos asumidos en su unión -. Enseguida, este interrogado recibirá más servicios, por lo que es percibido como positivo por la evaluadora.

Por lo tanto, muy a menudo, si la propia evaluadora -como era el caso- se identifica con quien recibirá la ayuda -en nombre de una solidaridad implícita entre las mujeres-, o por virtud del hecho de que la evaluadora, teniendo en cuenta su edad entre 40 y 60 años, es probable que ella misma sería inscrita en un papel de la familia como cuidadora de sus propios padres.

En cambio, nosotros, los investigadores que llevábamos a cabo nuestra investigación, en tanto que investigadores, no como los funcionarios del gobierno -y hacíamos hincapié desde el principio sobre esta diferencia de estatus frente los encuestados- hicimos las preguntas en un clima de relativa neutralidad. En nuestro caso, no había ningún problema de concesión o de denegación de servicios implicados en la discusión con quienes manejaban la casa. Por tanto, ellas tenían la tendencia a subrayar la propia capacidad para satisfacer las necesidades de su cónyuge, a simpatizar con la imagen que las mujeres entrevistadas hacían “frente a la situación”, por que

es una situación aún difícil. Ellas son fuertes e insistían en mostrarse fuertes, la mayoría.

Por último, un tercer descubrimiento fue la diferencia radical en las respuestas sobre el grado de satisfacción con los servicios recibidos, medido en función del nivel de educación de los encuestados y por la edad (mujeres: 40-60 años, o esposos: 60-85), que también corresponde a un nivel superior de educación para las generaciones más jóvenes. De manera significativa, los entrevistados con mayor escolaridad, y por tanto, más jóvenes fueron muy críticos e insatisfechos en relación con los servicios públicos recibidos, mientras que los menos educados -y por tanto, con mayor edad-, expresaban su agradecimiento por los servicios recibidos, y justificaban sus limitaciones. Pudimos entonces desprender que, los primeros tenían una actitud de consumidores, de “contribuyentes”, que exigían una buena relación calidad-precio, tendían a cuestionar, como tal, el papel del Estado como proveedor directo de servicios.

En el plano analítico, vale señalar ¿Cómo la “realidad” es una construcción común, una construcción conjunta, que el enfoque tecnocrático es incapaz de tener en cuenta? Por sí mismo, esta evidencia basada en la experiencia cotidiana de la gestión que resume la expresión "Eso depende" es difícil de ser recibida por las categorías tecnocráticas de gestión de la ayuda social. En su aparente trivialidad, esto sacude los cimientos de dicho sistema. En otro plano, es interesante notar cómo las clases medias educadas, surgidas de la “Revolución Tranquila” -que democratizó el acceso a la educación superior, desarrolló una actitud de autonomía individual de los consumidores-, tomaban una posición lógica en un mercado competitivo, criticando a la institución que permitió su formación sociológica: el Estado promotor de su desarrollo socioeconómico en Quebec.

3) En el campo de los estudios sobre el envejecimiento, una reflexión sobre la cultura tecnocrática y el papel de los intelectuales en la construcción “de la realidad” en nombre de “problemas sociales” o “problemas públicos”

Estos trabajos, realizados en la década de 1990, me permitieron reflexionar más sobre el Estado de Bienestar, su papel en la constitución de la sociedad (Giddens, 1987), en particular a partir de una serie de investigaciones sobre el tema de la pobreza y el envejecimiento. No serán evocados aquí en detalle, prefiero hacer hincapié sobre los problemas epistemológicos planteados en estos trabajos.

Al llevar a cabo conjuntamente, por un lado, un análisis de las políticas públicas sobre la política de ayuda a domicilio de personas mayores dependientes, de lucha contra la pobreza, para mantener o devolver al empleo a los trabajadores adultos mayores, sobre los sistemas de jubilación y, por otro lado, una investigación empírica (encuestas, , sondeos) de las personas involucradas, me di cuenta de hasta qué punto el mundo de la política formal y los de la experiencia vivida por esas personas estaban muy lejos y/o corresponden poco, o a veces nada!

Las políticas públicas construyen categorías abstractas definidas por la edad y/o por los ingresos, y/o por la escolaridad, por ejemplo, más que por el reconocimiento de problemas específicos. Con este fin, la acción de dichas políticas se dedicará a “cortar” los individuos en una multitud de problemáticas y por tanto, a un reconocimiento burocrático de estos individuos con base en dichas problemáticas pre-definidas, lo que lleva, en consecuencia a la asignación de servicios correspondientes.

Este conjunto construido por categorías en función de criterios específicos tiene el objetivo de garantizar un acceso universal abstracto, del cual es el portador legítimo y garante el Estado de Bienestar tecnocrático: todas las personas que corresponden a uno u otro de esos criterios deben ser capaces de recibir un tratamiento justo en su carpeta o de los servicios equivalentes. La norma producida garantizaría un formal tratamiento universal, de acuerdo con una norma de equidad.

Pero las personas afectadas no pueden representarse como si sus vidas pudieran ser compartimentadas en una serie de problemáticas específicas, las personas viven confrontándose cotidianamente con situaciones complejas, pero también con situaciones cambiantes y provisionales, en el sentido de que dichas personas intentan inicialmente resolverlos ellas mismas y convocando la ayuda de su alrededor para encontrar soluciones a problemas detectados, o en otro sentido, estas personas esperan que los recursos públicos que buscan sean un complemento a los suyos, de origen privado, a menudo familiar.

Voy a mencionar, como ejemplo del proceso institucional de construcción de categorías sociales, tres ejemplos de investigaciones o reflexiones que he hecho: 1) la construcción de la pobreza (Lesemann, 1994); 2) la construcción de la exclusión de las personas mayores que supone es el resultado de una “guerra entre genera-

ciones”; 3) la construcción de la patología de los juegos de azar entre las personas mayores.

En cada uno de estos tres ejemplos, vemos una alianza benevolente, bien intencionada, bajo los auspicios del Estado de Bienestar, entre los responsables políticos (*policy makers*), los intelectuales y los grupos de la “sociedad civil” orientada hacia la movilización social en un tema específico.

1. La construcción de los “problemas sociales”, especialmente la pobreza.

Tuve la oportunidad de profundizar en este debate sobre la base de una amplia corriente de análisis en EE.UU., a propósito de la construcción de los problemas sociales (Lesemann, 1994) según lo expresado por el excelente trabajo *The Study of Social Problems: Seven Perspectives* (Rubington y Weinberg (1989; 2002) y, más ampliamente, en la conocida revista *Social Problems*.

En esta perspectiva, un problema social es el producto de ambas condiciones objetivas y definiciones subjetivas. Por ejemplo, la noción de “pobreza” no puede constituir una categoría de análisis porque el individuo se define primero por una actividad específica o de posición social. La situación de la pobreza es evolutiva (de hecho, los estudios muestran que en los países del Norte, menos de un tercio de “pobres” seguirá siéndolo más allá de un año, los otros “saldrán” de la pobreza), por lo que hay que tener en cuenta las trayectorias de los individuos.

La categoría es heterogénea, y si seguimos a Simmel (1971), aparece unificada no por la interacción entre sus miembros, sino por la actitud colectiva que la sociedad adopta al respecto, ya que la pobreza se forja a través de la “construcción administrativa” de dicha categoría: “los receptores” y los “beneficiarios” de la asistencia social. En otras palabras, si uno se concentra en la forma institucional de lo social, el grupo de pobres bajo la gestión administrativa de quienes reciben ayuda social existe realmente. Pero si uno busca capturar la dinámica de lo social, entonces la condición de la pobreza sigue siendo, obviamente, no constitutiva de dicha “comunidad”.

Los estudios relacionados adoptarán un paradigma interpretativo, comprensivo, relativista, más que una perspectiva positivista y normativa. Dichos estudios utilizarán la observación participante, las representaciones, los sistemas de sentido, los modos de vida, el movimiento que, como lo señala Balandier (1983:



7) “hace reaparecer el sujeto enfrente de las estructuras y de los sistemas, la calidad frente a la cantidad, la experiencia contra lo establecido”.

2. La exclusión de las personas mayores, la "guerra" entre las generaciones: ¿Mito o realidad?

Prevalece desde más de una década en Quebec la percepción común de que los adultos mayores, a causa de su edad precisamente, son víctimas de un proceso de exclusión de la sociedad. En mi opinión, esto no es verdad en absoluto, como he tenido la oportunidad de argumentar (Lesemann, 2008), donde trato de analizar de dónde salió *esta representación social* que se encuentra en el corazón de una parte de las políticas destinadas al apoyo de categorías de adultos mayores y que trata de establecer su legitimidad. Esta, entre otras, fue una razón para que fuera fundado el Ministerio de Ancianos en Quebec.

Así que, inevitablemente, resumiendo, se puede afirmar en primer lugar que los adultos mayores nunca han tenido más peso demográfico, político y económico que hoy. Nunca han sido tan numerosos, ni tan saludables y equipados de una esperanza de vida tan alta, al menos en los países del Norte. Nunca han sido tan solicitados por parte de los distintos niveles de gobiernos que, cada uno ha comprendido el potencial electoral que representan. Los 'viejos' votan más que los jóvenes, los partidos políticos lo saben también, y los políticos los cortejan en consecuencia.

El mercado también sigue adaptándose a las cambiantes necesidades de los clientes que envejecen, lo que le permite reiniciar constantemente creando tantos productos nuevos que se imponen como necesarios a las diferentes categorías de ingresos. Nunca las categorías sociales de adultos mayores ocuparon tanto espacio en los medios: los programas de televisión los ponen cada vez más en escena, los actores de edad mayor son apreciados, la producción cinematográfica los sigue. Este segmento de mercado se compone de los adultos de más de 60 años, claramente identificados y cortejados de manera explícita. En el plano de la sociedad civil son numerosos los grupos de movilización y de promoción de los intereses de los adultos mayores, los grupos de entre-ayuda, de autoayuda, y las asociaciones nacionales e internacionales de promoción.

Un “Eminencia Gris” se formó en los Estados Unidos desde hace más de un cuarto de

siglo, tanto como en Canadá y Quebec, a través de asociaciones de jubilados que vigilan la evolución de los diferentes planes de jubilación. En términos de las relaciones inter-generacionales, un discurso refiriéndose a las tensiones entre la “Generación X y Y” y las generaciones de los *baby boomers* (generaciones nacidas entre 1946 y 1964 que comienzan a jubilarse) se desarrolló, culpando a estos últimos de haberse servido en forma abundante y egoísta, a partir de los años sesentas y de no dejar más que migajas a las generaciones siguientes. Por tanto, esta crítica a los adultos mayores de haber sido ellos mismos los agentes de la exclusión de las generaciones siguientes, que ahora han sido privadas de los beneficios materiales, como del acceso fácil al empleo que aquellos disfrutaron.

No hay duda de que las condiciones de acceso al empleo de hoy no tienen nada en común con los que había prevalecido hasta mediados de los años setentas, que vieron extinguirse el empleo industrial protegido, la contratación en la administración pública, y, en contrapartida, vieron desarrollarse el trabajo “atípico” e independiente que deja la iniciativa al individuo de buscar - y con frecuencia de crear - su empleo y de asegurarse una parte de su protección social. No hay duda tampoco de que la deuda pública, que ahora, en Quebec, es de alrededor de 150 miles de millones de dólares, es un peso considerable para las generaciones más jóvenes que les ha impedido objetivamente beneficiarse de las mismas ventajas de servicios públicos que tuvieron las generaciones anteriores (Lortille-Bruel y Lesemann, 2008).

Si, en el orden institucional las desigualdades económicas y fiscales entre las generaciones son agudas, ello no dió lugar ni mucho menos a una “guerra” de generaciones, como se esperaba, o como lo sugieren algunos analistas. Pero la solidaridades “informales”, en particular familiares, entre generaciones son reales y eficaces: intercambios monetarios o de regalos diversos (Godbout, 2007; Godbout y Charbonneau, 1996), de los más viejos hacia los más jóvenes, intercambio de servicios y de asistencia: el cuidado de ancianos dependientes, el cuidado de niños por los abuelos, cuidado de los nietos durante las separaciones y divorcios, servicios de reparación de viviendas, etc. Véase el trabajo de *Pont des générations* (Lefebvre, 1997).

Pero entonces, ¿De dónde vienen estas representaciones según las cuales viviríamos en una sociedad que excluiría a sus miembros de

generaciones mayores se opondrán unos con otros? Mi respuesta supone una “importación” de los marcos culturales de interpretación de la realidad provenientes de Francia y de su propia dinámica histórica e institucional, transmitida aquí por investigadores y grupos movilizados en apoyo de personas de edad avanzada. Vivimos en Quebec en una situación cultural particular: las instituciones son de origen británico, de tradición liberal, nuestro estilo de vida, nuestra relación con el consumo y la “política” son totalmente propias de América del Norte, incluso entre los francófonos. Sin embargo, por el hecho de que hablamos francés, los intelectuales quebequeses y los científicos sociales basados en sus lecturas de autores franceses en su área de especialidad realizaron una “importación” directa de ideas francesas y conceptos sin tener en cuenta que dichos conceptos estaban ligados con instituciones que poco tenían que ver con las de Quebec. En este caso, en Francia, estas instituciones son de tradición republicana, centralizadoras, marcadas por las historias políticas socialistas y comunistas, caracterizadas por la oposición izquierda-derecha. Al importar los marcos de análisis y la representación política francesa, uno corría el riesgo de realizar una aplicación “término por término” de conceptos desarrollados en un contexto institucional particular.

Me referiré brevemente, para ilustrar su anclaje institucional, a tres conceptos que ayudan a organizar la reflexión en Quebec -y a influir en las políticas públicas- y que gran parte de la literatura de fondo se basa en fuentes francesas y, por tanto, se notan las condiciones institucionales de aparición específica: la referidas a los términos “exclusión”, “guerra de generaciones” y el de “jubilación”. Agregó a cada uno comillas para significar simplemente que trato estos términos como conceptos - y no hechos concretos, objetivos - es decir, que les aprehendo en su contexto histórico e institucional de producción. Por tanto, no es posible hacer un uso inmediato, sin necesidad de incluirse en un proceso de traducción cultural e institucional.

El concepto de “exclusión” lo abordé en un número de la revista *Lien social et politiques* en 1995 (núm. 34), en el cual había empezado a cuestionar, dado que dicho concepto había surgido a raíz de la creación en Francia del salario mínimo de inserción por el gobierno socialista en la década de 1980, inspirada, entre otros, de Robert Castel (1991) que, sin embargo, tuvo el cuidado de limitar su alcance a las

situaciones de extrema pobreza se caracteriza por una “desafiliación” social. En Quebec, se ha aplicado y seguirá aplicándose a todos los grupos sociales: mujeres, inmigrantes, jóvenes, ancianos, etc., que se encuentran hoy “excluidos”. La constatación estadística de que estas categorías son globalmente menos favorecidas en el plan económico no significa de ninguna manera que ellas son globalmente “excluidas”, a menos que las palabras sean utilizadas para la movilización social o política, incluido el Estado, que eso es otra cuestión.

¿Hay una “guerra” de generaciones? Lo cierto es que por primera vez en la historia de los países del Norte, las generaciones mayores generalmente acumulan globalmente un patrimonio muy importante y que la pobreza entre ellos ha disminuido dramáticamente en los últimos veinticinco años, mientras que aumentó en los jóvenes de menos de 25 años.

La idea de una “guerra” o un “choque de generaciones” es, de nuevo, un producto típicamente francés, en el sentido de que se desarrolla en el contexto de una organización francesa del Estado de Bienestar y de las políticas sociales, en particular, de los jubilados, probablemente para evitar que hasta un 40% de la población se beneficie, en tanto que sigue proclamando su universalidad y su pretensión de estar fundada en la “solidaridad nacional”. Sin embargo, Francia es uno de los países más desiguales en Europa (Smith, 2006; Lesemann, 2007), donde las categorías que históricamente han podido inscribirse en la cobertura del Estado reciben beneficios financieros insolentes. En este contexto, que nada tiene que ver con Quebec -porque el total de las pensiones francesas ofrecidas por el Estado pudo alcanzar hasta el 90% del promedio de los últimos tres años de ingresos-, mientras que en Quebec estamos hablando de un máximo del 25% del ingreso medio. Con ello podemos entender que se pueden desarrollar análisis que proclaman una “guerra” intergeneracional entre aquéllos que están “dentro” y aquéllos que se quedan “fuera” (Véase por ejemplo Preel, 2000; y Chauvel, 2007),

Para terminar esta incursión en terrenos teóricos, el concepto de “jubilado” tan frecuente en Francia y que se estableció como una norma a Quebec, está dominado por la concepción ternaria de las edades (Guillemard, 1994; Gaullier, 1990), basada en una fase de formación en la juventud, de la vida adulta como vida activa, de la jubilación (en una fecha fija obligatoria y brutal) y de la entrada en la



condición de “viejo”. Esta noción es la que ha prevalecido más o menos durante décadas y que prevalece actualmente en América del Norte, como hemos demostrado en otros trabajos (Lesemann y Beausoleil, 2004).

Se puede refutar que, en Quebec, no existe una concepción normalizada de la “jubilación”; una “guerra” inter-generacional ni tampoco una exclusión sistémica basada en la edad. En cambio, puede afirmarse que prevalecen fuertes desigualdades socioeconómicas y culturales entre categorías sociales que son independientes de la edad.

Así que si la pregunta se plantea en términos de edad, las relaciones entre las clases de edad y las generaciones, no ayudan a entender una dinámica de sociedad, que tiene más que ver con las desigualdades sociales fundamentales que relacionadas con la edad avanzada, asistimos a una extensión y un amplificación de las desigualdades que se construyeron durante la vida activa, de acuerdo con lo que nuestros estudios pusieron en evidencia, relativos al trabajo de fin de carrera y al trabajo post-jubilación.

Estas son las clases populares, tanto jóvenes como adultos mayores, tanto mujeres como hombres (de hecho, las mujeres un poco más los hombres), que se enfrentan más que los “ricos”, a la pobreza, al desempleo, al déficit de formación, al empleo y a las pensiones precarias, a la participación caótica, aunque de larga duración, al mercado de trabajo. Sin embargo, las políticas -o por ejemplo el Ministerio de la tercera edad-, y también muchos otros investigadores adoptaron sin crítica estas representaciones “espectaculares” como la “exclusión”, la “guerra” y la “discriminación” probablemente porque son portadores de la idea de un Estado activo en la lucha contra las desigualdades.

3. El juego patológico y la oferta organizada de juegos de azar y de dinero en los adultos mayores

Actualmente estoy trabajando en un proyecto de investigación promovido por el Gobierno de Quebec, para desarrollar un plan de prevención social que tiene como eje el principio de prevención y de desarrollo de una cultura de responsabilidad social compartida entre los actores involucrados, en la oferta organizada de juegos de azar y de dinero para los adultos mayores. Esta visión de una oferta “organizada” o incluso una “industria” del juego y de una

participación correspondiente de las “partes interesadas”: gobierno, fabricantes, minoristas, operadores turísticos, organizadores y organizaciones comunitarias, etc. cambia completamente la forma más común de ver al individuo como el único responsable de sucumbir a la conducta patológica en esta materia.

Desde hace varios años, al gobierno de Quebec le preocupan los problemas relacionados con los juegos de azar y de dinero que él mismo creó en el curso de la última década. Ello comprende varios casinos y otros lugares donde se practican juegos de azar. El objetivo era aumentar los impuestos indirectos y de apropiarse de los beneficios de las prácticas de juegos de azar. Es en este contexto que, en el *Plan d'action gouvernemental sur le jeu pathologique 2002-2005* (Plan de Acción del Gobierno sobre el juego Patológico 2002-2005), el gobierno reconoció a los ancianos como un grupo en riesgo de desarrollar problemas con el juego. Algunos factores como una mayor disponibilidad de tiempo libre, el deseo de escapar del aburrimiento o la soledad, hace que estos grupos sean más vulnerables a la oferta de juegos.

Inicialmente, la investigación fue inscrita como parte de una crítica de las estrategias de prevención de problemas de juego, basado principalmente en “responsabilizar” a los individuos en dicha situación. A esto último, se opuso la idea de una “responsabilidad social” asociada a las condiciones de la oferta. La noción de conflicto de intereses es tan fundamental: cuando un actor en la oferta de juego, en este caso el Estado, es beneficiario de las ganancias producidas por el juego. Entonces, su capacidad para actuar en la prevención de problemas creados por el juego se vuelve “problemático”.

Pero más allá de la cuestión de la ambigüedad de la responsabilidad que surge de la propia aparición de este problema en la sociedad, sobre todo porque, con una revisión de los estudios respectivos y una investigación sobre los recursos dedicados a los adultos mayores, en ningún momento se deja claro que el juego patológico en los adultos mayores es un problema importante al punto de incluirlo en políticas públicas. Se descubrió entonces que una asociación de jubilados del sector público, como un ministro muy activo y ágil para invocar la “vulnerabilidad de los adultos mayores” habían directamente presionado para una *mise en scene* pública de este problema social y para que se realicen investigaciones en este tema. En

ello había un interés personal: que ella fuera la responsable de hacer investigaciones para documentarlo.

Este es el momento de involucrar a un autor en particular, Joseph Gusfield (1981) quien describe “cómo algunas situaciones se convierten en problemas públicos ... La existencia de un problema, como conducir en estado de ebriedad, es el resultado de las operaciones de construcción de los accidentes de tráfico como un problema social que debe ser apoyado por las agencias públicas y por funcionarios públicos ... La principal preocupación del sociólogo comprometido con la comprensión de los problemas públicos es dar cuenta de su carácter problemático. En vez de aceptar que el problema identificado... no tiene nada que decir, como si estuviera inscrito en la naturaleza de las cosas, [el sociólogo] deberá hacer constar la condición del objeto de un interés público” (1981:3-4). “¿Cómo es que surge un problema y gana su carácter público, se crea a sí mismo como “algo” sobre lo que “alguien” debe hacer “algo”?” (1981:5) se interroga Gusfield. Y continúa: “Hoy, el Estado se presenta como un agente activo, el propietario de los problemas que pretende resolver. El gobierno está trabajando para definir los problemas públicos, desarrollar y organizar las aplicaciones de las mismas, supervisar y poner en marcha las actitudes y expectativas de los ciudadanos ... La estructura de los problemas públicos es una arena de conflicto en que un conjunto de grupos e instituciones, incluyendo el gobierno, rivalizan para adquirir la propiedad de los problemas públicos. Se disputan por la imposición de teorías causales y alrededor de la asignación o atribución de responsabilidades. Es aquí que el conocimiento y política entran en contacto. El conocimiento es parte del proceso que proporciona la manera de ver los problemas.” (1981:16-17)

Después de estos tres ejemplos relativos al papel de los intelectuales en la “construcción de la realidad” a nombre de “problemas sociales” o de los “problemas públicos”, destacaremos, a continuación, para volver en la conclusión, sobre la importancia de la creación *a priori*, una mirada crítica de los conceptos y las nociones comúnmente aceptadas y que parecen “obvias”. En realidad son la expresión de las representaciones sociales transmitidas por los actores (que queda aún por identificar). Es necesario mirarlas como “*mises en scene*” conscientes o no, y preguntarse cómo fueron

posibles tratando de formular hipótesis explicativas y poniéndolas a prueba con los actores implicados.

4) En el ámbito de desarrollo de habilidades profesionales, un conflicto entre una concepción tecnocrática y empírica de la "alta calificación"

Varios de mis trabajos en los últimos años se han centrado en el estudio de la transformación en el trabajo, organización del trabajo, el crecimiento del empleo “atípico” en sus vínculos con la evolución de las políticas públicas, legislación laboral y protección social, en particular en el contexto de una “Economía del conocimiento” que exige nuevas “habilidades” de parte de los trabajadores (Lesemann y d'Amours, 2006).

En este punto, voy a mencionar un enfoque reciente que nos ha llevado a buscar redefinir, sin éxito, un mandato de investigación y que, lamentablemente, no pudo completarse por falta de la aprobación del financiamiento. Este proyecto de investigación se centró en las “nuevas competencias” que se esperan de los trabajadores en la economía del conocimiento”. En este contexto, presentamos una solicitud de subvención con una propuesta de investigación sobre la transferencia de las competencias de los trabajadores adultos mayores “altamente calificados”, en el contexto de la creciente preocupación sobre una escasez prevista de mano de obra calificada, debido al envejecimiento demográfico de la fuerza de trabajo. Antes de que esta propuesta pudiera ser aprobada, el comité científico revisor discutió (en el marco del proceso normal de revisión inter pares) sobre la definición del término “altamente calificados” y sobre su medición, un debate que toca directamente a la noción de “Economía del conocimiento”, ya que a esta economía le conciernen, principalmente, los trabajadores y empleados “altamente calificados” para trabajar en áreas dedicadas: la biotecnología, las TIC, las nanotecnologías, etc. En el centro del debate, que duró varios meses se enfrentaron dos concepciones de “altamente calificados” y metodologías para medirlo empíricamente.

Los evaluadores de esta propuesta de investigación se relacionan principalmente con la visión y la orientación que resumida en el *Manuel de Canberra* de la OCDE (1995) que evalúa la importancia relativa de una economía



del conocimiento en toda la economía nacional, y, por tanto, la importancia relativa de los trabajadores “altamente cualificados” en el conjunto de la mano de obra, es decir, *en función del nivel de formación y cualificación de la mano de obra que trabaja en áreas consideradas típicas de la economía del conocimiento*, en particular aquéllos de la ciencia y la tecnología (Lesemann y Goyette, 2003).

Esta identificación por nivel de educación viene junto con la idea de considerar el tipo de empleo. Por tanto, dos enfoques económicos se desarrollan para tratar de identificar el perfil y las características de los trabajadores “altamente cualificados”: aquella que promueven los sectores económicos y otra que analiza la composición del empleo. Para la primera, *el conocimiento constituye el atributo de una empresa* (o de un sector de la producción), postula que ciertos sectores de la actividad económica tienen una mayor proporción de conocimiento que los demás y, en esta perspectiva, se utiliza una metodología por la cual se reagrupan en una misma categoría los sectores de actividad económica considerados según el nivel de conocimiento: alto, medio y bajo. Para la *segunda* el conocimiento, y, por tanto, la “alta cualificación” son *atributos de la mano de obra*, que utiliza en su actividad laboral. En términos de metodología esta postura privilegia la reagrupación basada en las características de la mano de obra, que permite operar el nivel de conocimiento, sea por el nivel de escolaridad o de la cualificación (es decir, conocimiento atribuido a los individuos según sus calificaciones prácticas), o sea por las características atribuidas a las profesiones ejercidas. Estos enfoques pueden *cuantificar la magnitud de la población* comprendida en cada clasificación, y proponen una definición de la “alta cualificación”, al mismo tiempo que dedican oficialmente los sectores formales de la actividad económica reagrupando más que otros enfoques los trabajadores “altamente cualificados”.

Pero nuestra visión era muy diferente: se trataba de “superar” esta visión de contabilidad tecnocrática para ir a examinar el terreno, ver cómo concebían la alta cualificación las empresas, por ejemplo, y entonces, las competencias que ellas creían se necesitaban de parte de sus trabajadores. Como habíamos tenido ocasión en varios proyectos anteriores de entrar a empresas, supusimos que íbamos a encontrarnos con una realidad muy distinta de

aquella que asocia la alta escolaridad en ciertos dominios de las ciencias y las tecnologías y en sectores reconocidos por exigir y concentrar esta “alta cualificación” formal (títulos académicos o técnicos). Así que visitamos las empresas en los sectores de actividad diferentes para descubrir que los empresarios, en primer lugar, no hacían *ningún vínculo entre un trabajador que consideraban “altamente calificado” y el nivel de escolaridad* del trabajador, y en segundo lugar que, según su testimonio, *había muchos trabajadores considerados como “altamente calificados” en áreas que tradicionalmente concentran este tipo de mano de obra*, en este caso, *farmacéutica, aviación, telecomunicaciones, empresas de biotecnología, etc.*, tanto como *en los sectores percibidos como las antípodas de esos últimos*: textiles, metalurgia, transporte, camioneros de transporte por carretera, el sector marítimo o los alimentos, por ejemplo. Las entrevistas recogidas contradecían directamente las premisas del enfoque tecnocrático relativo a esta cuestión.

Según los directivos de empresas, los trabajadores altamente cualificados son los siguientes:

- Los que son capaces de garantizar la seguridad de los productos de la empresa al 100%, los que son responsables de la seguridad: los sectores de la construcción de material de transporte, la conducta marina, sectores de la química, de la biotecnología, de la farmacéutica, sectores todos donde la seguridad humana está directamente en juego, donde las empresas no pueden permitirse ningún error que podría costarles la vida, teniendo en cuenta las posibles medidas legales y costes de dichos procesos legales, teniendo en cuenta también la reputación de los productos en los mercados nacionales e internacionales, etc.
- Las personas que son capaces de garantizar que los productos estén en conformidad con las leyes y las normas internacionales de producción establecidas por organizaciones como la *Food and Drug Administration* de Estados Unidos, los que comprenden una práctica de las normas (sector de la alimentación, los productos naturales o farmacéuticos, etc.)
- Las personas que son capaces gracias a su experiencia de usar sus conocimientos tácitos para tareas delicadas en la parte final de la

producción, que van a hacer que un producto sea vendible o no, en un contexto de extrema competencia internacional que exige productos de alta calidad (laca o barniz para muebles, coloración de textiles, altas temperatura para el tratamiento húmedo de los tejidos textiles, calidad de las soldaduras, etc.)

- Las personas que, por sus competencias específicas, en diseño, en cocina, en diseño de envases, por ejemplo, ayudarán a crear productos distintivos en un contexto de competencia internacional implacable (la industria del mueble, alimentación, vestido, etc.)
- Las personas que son capaces de proporcionar una respuesta rápida y adecuada ante acontecimientos imprevistos e inciertos, que son capaces de resolver problemas, la reparación (operación de la máquina, los ingenieros eléctricos, soldadores, técnicos, informáticos) de todo lo que puede ser obstáculo para la producción (industria del metal, ropa, fabricación de papel, ropa, productos de petróleo, etc.)
- Las personas que son actores centrales en el negocio ya que ocupan posiciones estratégicas en el proceso de producción y son capaces de evitar que la producción se interrumpa o se interrumpa lo menos posible, lo que les exige versatilidad en cuanto a conocimientos y experiencia práctica adquirida en el medio, así como de las relaciones humanas entre los trabajadores y los clientes (sectores de la producción de metales, la fabricación de muebles, etc.).

Así se pone de relieve que las lógicas de acción, tanto los objetivos, como los propósitos prácticos son completamente diferentes. Las tecnocracias nacional e internacional (en este caso, la OCDE) tratan de identificar cuantitativamente los cambios en curso de las sociedades. Los empresarios tienen sus propios requisitos prácticos directamente relacionados con el rendimiento de sus productos, y la investigación, en este caso, está claramente atrapada por la exigencia de gestión estatal, aun cuando el producto no tenga nada que ver con las preocupaciones concretas de los productores, en el terreno. Estos ejemplos muestran con claridad que puede mejorarse el conflicto de legitimidad de estas prácticas sin

vínculos (entre una y otra), realizadas en nombre del desarrollo de habilidades en una “economía del conocimiento”.

Conclusión

Hemos identificado desde el principio el oficio del investigador, del experto (definido por el uso de un conjunto de técnicas y conocimientos independiente de las condiciones materiales y humanas concretas en la solución de problemas) y del consultor (definido por su aceptación de las directivas del cliente, quien determina las orientaciones del trabajo de investigación), subrayando que lo que distingue al investigador es su capacidad de construir intelectualmente una distancia crítica frente al objeto de investigación, mientras que en los otros dos casos, la mayor parte del tiempo la investigación está determinada por quién la paga. Esta capacidad material e intelectual de cuestionar la validez del diagnóstico que fundamenta la “orden de la investigación” (*commande*) es la característica fundamental del investigador. Esto le permite contar en el espacio institucional, intelectual, tener autonomía política y ejercer su capacidad epistemológica de interrogación.

En este contexto, subrayemos que en las prácticas de investigación que se han mencionado es importante el *conocimiento claro y la comprensión antes de la epistemología del pensamiento tecnocrático*, al menos en todo lo concerniente a las ciencias sociales que están directamente ligadas a la gestión de la población -y de su territorio-. Es esencial comprender su origen y desarrollo histórico, las relaciones con el pensamiento sistémico, funcionalista y positivista, la ambición de su proyecto prometeico de organizar la sociedad a través de una estrategia de identificación de necesidades, de expectativas y problemas que corresponden tanto a estrategias de funcionamiento por objetivos, de medidas y programas, que son ellos mismos objetos de validación, de evaluación y de rendición de cuentas, mediante un proceso de reducción de la realidad a una serie de indicadores cuantificables y, bajo este título, medibles y comparables.

Una peculiaridad de esta *epistemología tecnocrática* es la de reducir la sociedad a una suma de individuos en serie, estudiados por sus puntos de vista (binario) o su consumo (cuantificable), por tanto, computables, como si



no tuvieran ninguna relación entre ellos, individuos tomados en un instante dado, como si la actividad social fuera posible captarla a través de encuestas de opinión o de estudios del mercado. Esta cultura hoy en día domina tanto los servicios de gestión estatal como las prácticas de estudios de mercado económico o de mercado político. Tiene la apariencia de eficacia -también cada vez más cuestionada, por no hablar de un *impasse*-, si se mide por su capacidad de imponer este proceso reduccionista como legítimo, necesario y sin alternativa a toda la sociedad en nombre de la democracia, los derechos humanos o el acceso universal a los servicios. Se espera que el investigador se incorpore a esta visión y que la legitime. Entonces, ¿cómo distanciarse?

Sugiero algunas estrategias para hacerlo. Lo primero es desarrollar un marco teórico pertinente, ya sea por el tratamiento de un autor concreto o de una escuela específica, ya sea mediante el establecimiento de un conjunto de herramientas teóricas tomadas de diversos autores que consideramos que ellos tienen sensibilidad teórica convergente. Por ejemplo, en el caso del análisis del establecimiento de un sistema universal de salud en Quebec, mi análisis surgió de la perspectiva de Touraine, en particular de su trabajo en las sociedades dependientes (1976) pero también de los trabajos de Iván Illich y los trabajos de Crozier (1976, 1989), de Crozier y Friedberg (1977) *L'acteur et le système*, cada uno permitió alimentar, a su manera, una crítica de la edificación de las tecnocracias de Estado. En cuanto al caso de los servicios de cuidados en el hogar, fue por supuesto la escuela interaccionista (Goffman, Becker, así como Strauss y Corbin) que estimularon mi reflexión. Más tarde, las corrientes de la "construcción de la realidad", que se refieren a la construcción de problemas sociales (Rubington y Weinberg, 1989) como la exclusión (Castel) o los problemas públicos (Gusfield, 1981), o las corrientes de pensamiento (re)presentadas por Berger y Luckmann (1966), por no citar más que algunos. Por último, la cuestión de las competencias profesionales, se inspiraron de estudios de Salais y Storper (1993) o de Stroobants (1991) o incluso de Gadrey (1996) que dieron lugar a un pensamiento diferente y me permitieron criticar las realidades analizadas. Estos autores -entre otros, por supuesto-, siempre tienen un conjunto de visiones del mundo que ofrecen una alternativa a la visión dominante en el área de investigación. Este es el corazón del trabajo intelectual.

La segunda estrategia que sugiero es dar importancia al trabajo empírico, ir al "campo" de estudio, escuchar los testigos, tratar de entender su lógica de acción, su sistema de representación de la realidad. Así, en los ejemplos citados, tuve acceso a las instituciones de salud de la Reforma en los años setenta, escuché a las distintas categorías de actores: profesionales de la salud, de los servicios sociales, administradores, activistas de asociaciones, etc., como escuché también a los interventores, a los directivos y activistas de los servicios de atención domiciliaria, a los grupos de apoyo de personas desfavorecidas, a los ancianos, a los empresarios que definían en sus actos y decisiones las competencias que requerían de los trabajadores. Sugiero tomar en serio las palabras de los actores y, por tanto, de su experiencia específica, validarlos a través de estrategias diversas, atribuirles un valor equivalente, sea que se trate de ejecutivos, de directivos o de activistas, pero al mismo tiempo, colocando estas palabras en referencia al papel de cada actor involucrado, que son todos principios de la deconstrucción de la realidad orgánica o institucional estudiada. Sugiero dar a cada actor una "racionalidad" propia (que no se resume necesariamente a sus intereses), para descubrir, para apostar que cada actor tiene una "buena razón" para hacer lo que hace, que es coherente consigo mismo. Y en este sentido, reconstruir lo que podría llamarse un "sistema de debate" (Wolton, 1975) sin dar por sentados los términos del debate, la posición del problema, aun cuando provenga del gobierno, de las políticas o de grupos de interés, incluso de aquellos con los que uno no se siente cercano. Sugiero construir, *a priori*, un informe crítico con los conceptos y temas prevalentes, que son siempre la expresión de las representaciones sociales transmitidas por los actores. Atrévase a preguntar: "¿Y si la realidad fuera diferente de lo que presentan los actores en escena?", "Y si yo estuviera fuera de la realidad, del ámbito de la discusión que mantienen entre sí ...?", Qué decir, "Y si las preguntas se encontraran "fuera", "más allá" de las cuestiones que plantean "naturalmente estos "actores" ...?" No es que las preguntas de los actores (presentes o ausentes, visibles o invisibles, legítimos o no, etc.) no sean pertinentes y necesarias en el plano de su acción, pero ellas surgen de un espacio convenido en la investigación, predefinido y aceptado como "obvio". Hacer la pregunta: ¿Cuáles son los fines de los actores de esta *mise en scene*? Y preguntarse ¿Cómo es esto posible? Esforzarse por hacer hipótesis pertinentes para

examinarlas a la luz del contacto con los actores involucrados.

La tercera estrategia es tener confianza en sí mismo, en el juicio, bajo su propio conocimiento y su experiencia propia sobre el terreno. Esta estrategia es, probablemente, poco fiable y difícil de promover y defender. Sin embargo, se basa en el hallazgo, en la consideración de que el investigador mismo es un actor y aporta su presencia en el terreno a través de su investigación, para construir parte de la realidad y las respuestas a las preguntas de los actores. Se pudo apreciar muy claramente en el caso que mostré sobre la encuesta sobre los servicios a domicilio. Pero en términos más generales, se puede ver en cada uno de los otros casos mencionados. Así, al interrogar decenas de actores que contribuyen a establecer un sistema de salud, uno no puede dejar de preguntarse sobre las razones de por qué se unieron al proyecto institucional, sobre su entusiasmo que muestran, sin duda, al noble proyecto de hacer accesibles los servicios a toda la población, del hecho de tener esta actividad como empleo, del hecho que sea bien remunerado y de duración ilimitada, del hecho de considerar “estigmatizados” a los grupos de personas calificados por sus “problemas, o por sus “desventajas”, o considerarlos “excluidos”, o “vulnerables”. Al mismo tiempo, el investigador no puede dejar de darse cuenta de que estos grupos sociales seleccionados por criterios no coinciden con la gente que uno conoce en la práctica de campo, porque aquellas categorizaciones son “abstracciones sociales”, a las cuales los profesionales de Servicios Sociales requieren dar una realidad. Cualquiera que trabaje en las asociaciones, y, por tanto, fuera de la red de servicios públicos le dirá que estas categorías no se corresponden con nada o más bien que sólo permiten justificar la concesión de servicios específicos a quienes han sido categorizados previamente. Por último, si pensamos en los empresarios, su concepción de la competencia no tiene, obviamente, absolutamente nada que ver con las categorías de clasificación internacional de las competencias.

Así pues, tenemos mundos que nunca se encuentran. Hay que permitirse el lujo de pensar que este último descubrimiento, basado en la experiencia, con el apoyo de muchos testimonios diferentes, que podemos validarla (por triangulación, por ejemplo) es más importante para las personas implicadas en la investigación - debido a que la lealtad del investigador es primero - y, por tanto, más legítima, que alimentar un

sistema abstracto de aprendizaje de la realidad para fines de gestión.

Y, por último, voy a regresar “a las fuentes”, una vez más, en este caso, a *La imaginación sociológica*. En el último capítulo de su libro C. Wright Mills (1959), pregunta: “¿Pero me dirá usted, ¿cómo le llegan las ideas?” (216-229) Y la respuesta es “simple”: “... La imaginación sociológica es esencialmente cambiar de perspectiva... se cultiva... consiste en aportar ideas que nadie creía compatibles... hay detrás de estas conciliaciones ... un deseo feroz de entender ... En el examen de los planteamientos teóricos ... querrá descender desde lo abstracto a lo concreto ... pero a veces tendrá que concebir el enfoque opuesto. Así, de la parte superior y por lo inferior, intentará buscar el más mínimo de los aspectos e implicaciones de la idea estudiada... Es frecuente que para ver bien, puede ser necesario dar la espalda a lo que estudiamos: si reflexiona sobre la desesperación, reflexione también sobre la alegría... cuando no está de acuerdo, entenderá mejor... tenemos que multiplicar los puntos de vista... Sea un buen obrero: evite el fetichismo del método y de la técnica. Trabaje en la rehabilitación de la artesanía intelectual en toda su simplicidad, sea uno en usted mismo... que el método y la teoría se practiquen como un verdadero oficio... No se limite a estudiar una pequeña comunidad tras otra; estudie las estructuras sociales dónde están inscritas... No deje que las cuestiones colectivas determinen sus problemas después de hacerlas evidentes... No sacrifique su autonomía moral y política al aceptar la empiricidad iliberal [*illiberal practicality*] del *ethos* burocrático ... (Mills, 1959: 216-229)

Bibliografía

Balandier, Georges (1983), «Essai d'identification du quotidien», *Cahiers internationaux de sociologie*, LXXIV

Becker, Howard (1963, 1985), *Outsiders. Études de sociologie de la déviance*, Paris, Métailié.

Berger, Peter et Thomas Luckmann (1966) *La construction sociale de la réalité*. Paris, Masson

Castel, Robert, 1991, «De l'indigence à l'exclusion, la désaffiliation. Précarité du travail et vulnérabilité relationnelle. ». Dans Donzelot, Jacques, (dir.), *Face à l'exclusion. Le modèle français*, Paris, Éditions Esprit, , 137-168 p.

Chauvel, Louis (2007), «La solidarité



- générationnelle : bonheur familialiste, passivité publique», in, Serge Paugam (dir.) *Repenser la solidarité. L'apport des sciences sociales*, Paris, PUF
- Corbin, Juliet et Anselm Strauss (1988), *Unending Work and Care*, San Francisco, Jossey-Bass
- Crozier Michel et Erhard Friedberg (1977), *L'Acteur et le système*, Paris, Seuil
- Crozier, Michel (1979) *On ne change pas la société par décret*, Paris, Fayard
- Crozier, Michel (1986), *État modeste, État moderne. Stratégies pour un autre changement*, Paris, Fayard
- Gadrey, Jean (1996), *Services : la productivité en question*, Paris, Desclée De Brouwer.
- Giddens, Anthony (1987), *La constitution de la société*, Paris PUF
- Gaullier, Xavier (1990), « *La mutation des âges* », *Le Débat*, septembre, 116-137.
- Godbout Jacques T. (2007), *Ce qui circule entre nous*, Paris, Seuil
- Godbout Jacques T. et Johanne Charbonneau (1996), *La circulation du don dans la parenté*, Rapport de recherche INRS-Urbanisation, N° 17, Montréal
- Goffman, Erwing, (1959) *La Mise en scène de la vie quotidienne*, Paris, Minuit
- Guillemard, Anne-Marie (1994), « *Âge, travail, emploi : quelles perspectives ?* », *Gérontologie et Société*, 70, 149-153.
- Gusfield, Joseph (1981), *La culture des problèmes publics, l'alcool au volant : la production d'un ordre symbolique*. Paris, Económica.
- Illich, Iván (1971) *Une société sans école*, Paris, Seuil
- Illich, Iván (1975) *Némésis médicale*, Paris, Seuil
- Lefebvre, Solange (1997), «Rapports de générations : une conjoncture socio-économique et culturelle», *Cahiers internationaux de sociologie*, vol CII, 183-198
- Lesemann, Frédéric (1981) *Du pain et des services*, Montréal, Saint-Martin
- Lesemann, Frédéric et Claire Chaume (1989) *Familles providence, la part de l'État*, Montréal, Saint-Martin
- Lesemann, Frédéric (1994), «La pauvreté, aspects sociaux», in Fernand Dumont et al., *Traité des problèmes sociaux*, Institut québécois de recherche sur la culture, Québec, pp.581-604
- Lesemann, Frédéric et Christian Goyette (2003)
- Lesemann, Frédéric et Julie Beausoleil (2004), «Les emplois 'post-carrière' aux États-Unis : un bilan des connaissances», *Retraite et Société*, Paris, 42, juin, pp. 9-43
- Lesemann, Frédéric et Martine D'Amours (2006), *Vieillesse au travail, emplois et retraites*, Montréal, Éditions Saint-Martin, 216p.
- Lesemann, Frédéric (2007), «La France injuste», Note de lecture, *Retraite et Société, Les retraites en Europe*, N° 50, janvier, 318-321
- Lortille-Bruel, Romain et Frédéric Lesemann (2008), «Les finances publiques comme expression des solidarités: enjeux éthiques et choix politiques» *Éthique publique*, juin
- Mills, C. Wright (1959), *L'imagination sociologique*, Paris, La Découverte
- OCDE (1995), Manuel sur la mesure des ressources humaines consacrées à la science et à la technologie, Manuel de Canberra, Paris, OCDE, 143 p.
- Préel, Bernard (2000), *Le choc des générations*, Paris, La Découverte
- Rubington E. et M.S. Weinberg (1989) *The Study of Social Problems: Seven Perspectives*, Oxford University Press
- Salais Robert et Michael Storper (1993), *Les mondes de production*, Paris, École des Hautes Études en Sciences sociales
- Simmel, Georg (1971) «The Poor», in D.N Levine (sous la direction de) *Georg Simmel : On Individuality and Social Forms*, Chicago, The University of Chicago Press, p. 150-178
- Smith, Timothy B. (2006), *La France injuste, 1975-2006: Pourquoi le modèle social français ne fonctionne plus*, Paris, Éd. Autrement, 349 p
- Stroobants Marcelle (1991), *De l'organisation du travail à la formation des compétences. Prénance de la technologie dans l'approche des processus de différenciation des savoirs*, Bruxelles, Éditions de l'ULB
- Touraine, Alain (1973), *Production de la société*, Paris, Seuil
- Touraine, Alain (1976), *Les Sociétés dépendantes*, Bruxelles, Duculot
- Wagner Peter (1992), *La fin de la grande illusion. Les sciences sociales, la modernité et l'État*, Multitudes Web.